

Mariano Alarcón

Hijos de Adán

TRAGEDIA CAMPESINA
EN UN ACTO Y EN PROSA, ORIGINAL



MADRID, MCMXVIII

MARIANO ALARCON

HIJOS DE ADÁN

TRAGEDIA CAMPESINA

EN UN ACTO Y EN PROSA, ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Goya, de Barcelona,
en la primavera de 1918
por la compañía de Ricardo Calvo



V. RICO.—MADRID
PASEO DEL PRADO, NÚM. 30

1918

ACTO ÚNICO

DRAMATIS PERSONÆ

PEDRO
VICENTE
ANTONIA
TÍA FRANCISCA
TÍA JUANA
EL SACERDOTE
EL ZAGAL
UN MONAGUILLO
CAMPESINAS
CAMPESINOS

La escena representa el interior de una humilde vivienda campesina. Puerta en el fondo. A la pared de la derecha, en el suelo, el hogar, infrapuesto a una enorme chimenea en forma de campana; en la cornisa de ésta, pucheros, vasijas de barro, etcétera, etc.

En el diedro de las paredes derecha y fondo, la boca del horno Cerca de ella, sobre un poyo de mampostería, la artesa, cubierta por una manta listada.

Junto a la pared del fondo, a la izquierda de la puerta, un altarcillo improvisado; sobre él dos bujías en sendos candeleros; en la pared de la izquierda el paso a una habitación interior, sin puerta, con una cortina roja bastante deteriorada; más hacia adelante unas tinajas, sostenidas hasta un tercio de su altura por un banco de obra; encima de ellas, fijos en la pared, largos clavos de madera, de los cuales penden jarras y cantaricos de barro, tapados con flores silvestres; más arriba, en la misma pared, una leja, con platos, fuentes, el almirez, etc., etc. Cromos en las paredes y una estampa de la Virgen del Rosario. El techo, bastante bajo, le sostienen vigas ennegrecidas por el humo.

Al levantarse el telón aparece la escena desierta. El horno está encendido: en el hogar sobre la lumbre, un puchero; cerca, una silla baja de pleita; las demás sillas, también de pleita, en desorden. Izquierda y derecha las del espectador. Por nuestros días, en una risueña comarca del Levante de España, con toda la gloria del luminoso y ardiente estío... Habrá unos momentos de inacción, durante los cuales un profundo silencio, compuesto de todos rumores de la vida campesina, será el alma viviente de la escena. Aparece por la puerta del fondo Antonia, llevando un haz de sarmientos secos. Pedro, que trabaja en la era, se yergue al verla, la con-

templa. Antonia atraviesa la escena, deja el haz de leña cerca del horno y cierra la puerta; va hacia la habitación interior, se detiene y, levantando un poco la cortina, observa la parte de adentro. Toma una pajuela en la cornisa de la chimenea, la enciende en la lumbre del hogar y con ella prende luz en las dos velas de sobre el altarcillo; mete el haz de leña en el horno y permanece inmóvil, contemplando el fuego que aumenta con alegres crepitaciones. Aparece la tía Juana, que es una saludadora, con un lío al brazo.

JUANA

Desde la puerta.

Ave María Purisma.

ANTONIA

Sin pecado concebida.

La tía Juana vuelve a cerrar la puerta y se llega a Antonia.

JUANA

¿Contemplas er fuego?

ANTONIA

¿Qué hacel? Es tan hermoso; en tan y mientras no se hace el rescoldo, aqui me tié usté a la boca e l'horno viendo cómo la llama se levanta hasta besar el techo; luego el crujil de la leña me llena de alegría sin sabel por qué. Los dias que se amasa son felices pa mí.

JUANA

To es alegría cuando una sabe encontralla.

ANTONIA

Yo disfruto viendo los panes, que huelen a gloria cuando están calientes.

JUANA

A mí l'olor del pan caliente me atosiga.

ANTONIA

Un olor qu'es una bendición de Dios. ¿Hay ná mejor? Sólo el de la tierra recién llovía.

JUANA

Cuando llueve a su hora, como hogaño.

ANTONIA

Gracias a la Virgen... éste sería pa nosotros un año e gracia, si no fuera por la enfermeá de la maere.

JUANA

Saldrá con bien, ya veréis; no apuralse aún.

ANTONIA

¿Se h'acordao usté de trael la meecina?

JUANA

Digo... pos no fartaba otra cosa sino que fuá yo a orviarme.

Desenvuelve un lío y la da un frasco.

¿Ves? Este es el cocimiento; ca dos horas la das una toma y...

Dándola un pañuelillo lleno de tierra.

mojando esta tierra con saliva la pones una miaja en los ojos cuando esté dormía; ya verás qué milagrosa...

ANTONIA

¿Ande l'ha arrecogío usté?

JUANA

Del sitio ande la *Iluminá* tenía las apariciones. Encima mesmo desta tierra aquella mujer, que paecía una mujer como nosotras, se arroillaba, y cuando veía l'aparición era toa otra; ya verás: tierrá pisá por una santa.

ANTONIA

¿De mó que una toma ca dos horas y...?

JUANA

Sí; to, tal y como te lo he dicho, y ten fé; la meecina es entoavía más segura: he cocío las *llervas* en agua bendíta.

Se oye a la tía Francisca, que llama desde adentro con voz débil.

FRANCISCA

Antonia... Antonia...

ANTONIA

Prestamente.

Voy, maere.

Se dirige a la habitación interior, deja el frasco y la tierra sobre el altarcillo y desaparece. Hay una breve pausa; reaparece.

Tía Juana, la maere que entre usté un poco.

JUANA

¿Está mejol agora?

ANTONIA

Sí; paece una miaja tranquila, ya era hora; se ha llevao casi to er día deliriando sin paral.

La tía Juana penetra en la habitación indicada. Antonia va hacia el horno, cuyo fuego

habrá ído descendiendo hasta convertirse en rescoldo, y le barre para ir disponiendo en él los panes: va sacando éstos de debajo de la manta y, antes de meterles en el horno, les hace unos dibujos con la punta de una faca que habrá a mano.
Aparece el Zagal.

ZAGAL

Buenas nos dé Dios. ¿Y la tía Francisca?

ANTONIA

Malamente. ¿Te ha mandao Vicente a preguntal?

ZAGAL

Me ha mandao a por la miera, que se le orvió, y de paso a que sepa de la vieja.

ANTONIA

Tomando un jarro de sobre la chimenea.

La miera. ¿Eres tú quien fué al pueblo pa avisal al señor Cura?

ZAGAL

Yo he sío; esta mañanica.

ANTONIA

¿A hora trempana?

ZAGAL

No; eran ya, cuando menos, las nueve.

ANTONIA

Como aún no se le ve asomal...

ZAGAL

Dijo que allá, a boca e noche.

Aparece Pedro.

PEDRO

¿Ande tenéis er ganao?

ZAGAL

En la cañá e las oliveras.

PEDRO

¿Se ve ende er cabezo apaecel al Cura?

ZAGAL

Como no haiga apaecío dimpués de venil yo...

Goglendo la miera.

Bueno; quearse con Dios.

Vase. Hay una pausa larga, Antonia reemprende su trabajo.

PEDRO

¿Duerme la maere?

ANTONIA

Agora no; está hablando con la tía Juana.

PEDRO

¿La saludaora? ¿A que ha venío aquí esa bruja? Ya sabe que no tié de ponel más la planta en esta casa mientras yo mande. ¿A que ha venío?

ANTONIA

A trael una meecina.

PEDRO

¡Brujerías!... ¿Ande está?

Antonia duda: él, más enérgico.

¿Qué ande está?

Antonia no responde, mas vuelve la vista al altarcillo; Pedro sigue la dirección de su mirada y adivina: va hacia el altarcillo y, tomando los indicados objetos,

¿Es esto?

Pausa. Antonia hace un gesto afirmativo con la cabeza, y Pedro, abriendo la puerta, les arroja al exterior. Amenazando.

¡Y que sea la úrtima vez!

JUANA

Reapareciendo.

Se ha quedao otra vez dormía. Buenas, Perico.

Pedro no contesta. Antonia la hace una seña y se la lleva afuera. Pedro levanta un poeo la cortina y observa hacia el interior. Reaparece Antonia, va hacia el horno. Pedro se sienta, la mira con anhelo. Hay una larga pausa.

PEDRO

Saca la media fanega muchacha.

Antonia entra en la habitación y vuelve al cabo de un momento con la medida; la deja en el suelo junto a Pedro.

ANTONIA

La media fanega.

PEDRO

Después de larga pausa.

¿Quiés darme l'agua?

Antonia toma uno de los cantaricos tapados con flores y se le alarga. Pedro, después de beber largo rato, se le devuelve; ella le deja en su sitio y se dirige nuevamente al horno a continuar su trabajo. Pedro la sigue siempre con la vista. Larga pausa.

Antonia se vuelve a él.

¿A qué ha venío er zagal?

Antonia torna a trabajar y, después de una pausa, sin volverse a mirarle.

ANTONIA

Ya lo has visto: a por la miera.

PEDRO

A por la miera, ¿na más?

ANTONIA

Na más. ¿Por qué?

Volviéndose enérgicamente, le fulmina con la mirada. Los ojos de Antonia humillan a Pedro, quien muestra con los suyos todas las pasiones.

PEDRO

¿No te ha venío con dengún recao de Vicente?

ANTONIA

Manque asina fuera. Tu hermano es mi marío: me se antoja que pué...

Pedro aparenta gran sorpresa por tal atrevimiento. Hay un largo silencio. Se levanta cautelosamente a cerrar la puerta. Va hacia Antonia, y cogiéndola por un brazo, la aprieta brutalmente.

Que me haces mal, suéltame.

PEDRO

Después de mirar a todas partes, recelosamente, en voz baja.

Si mi hermano es tu marío, yo soy tú...

Antonia le tapa la boca para no dejarle concluir. El la muerde en la palma de la mano; ella desasiéndose rápidamente.

ANTONIA

¡Víbora!

PEDRO

Reasiéndola.

Nena mía, lucero; sé buena conmigo.

La besa.

ANTONIA

Irritada.

¿Quiés dejalme?

Se separa.

PEDRO

Tristemente.

Ya no me tiés ley...

ANTONIA

¿Te la he tenío arguna vez? Esas son figuraciones tuyas; más valdría que no fueas tan fantesioso...

PEDRO

¿Fantesioso, porque no tengo más idea que tu querel?

Después de un largo silencio. Implorante.

¿Qué t'echo yo de malo pa ese despego tuyo?

ANTONIA

Para sí.

¡Que se arremate de una vez, Virgen Santa!

PEDRO

Que lo ha oído. Demudado.

¿Que se arremate... el qué?

ANTONIA

Resueltamente.

Esto, que es una vergüenza; ya no pueo más, me das náusias.

PEDRO

¿Estás mala, muchacha? ¿Qué dices?

Su fisonomía adquiere una expresión de angustia y rabia. Va a mirar cautelosamente si duerme la madre.

ANTONIA

Volviéndose al cromo de la pared.

¡Ayúame, Virgen del Rosario!

Pedro va hacia ella nuevamente.

PEDRO

¿De mó y manera que yo te doy náusias?

ANTONIA

Mátame si quiés; agora no pueo renegal de lo dicho: la muerte primero que seguil asín pá en adelante; arrematal de una vez vale más que tenel siempre l'ánima en pena.

PEDRO

Aturdido déspués de una pausa.

¿Arrematal de una vez? ¿Es tu querel que tó se dé por terminao?

ANTONIA

Firmemente.

¡Y orvidao pá en jamás!

PEDRO

¡Ah! Por eso agora me *hulles*.

ANTONIA

Cuando me vas a la zaga como una bestia en celo.

PEDRO

¡Porque ya no pueo pasal sin ti; has de sel pa mí entoavía!

ANTONIA

Falta que yo quiea; a la juerza, como enantes, ni por soñación; tendrías d'espeazarme primero... tú verás...

PEDRO

¿Es tu úrtima palabra?

ANTONIA

Como si no fuea a tenel más voluntad en toa mi esistencia...

Hay un silencio; Pedro la mira con gran pasión; dos lágrimas brotan de sus ojos; las seca con los puños de sus manos; toma la media fanega y se dirige a la puerta, abriéndola.

PEDRO

Piénsalo bien; agora güelvo.

Sale. Antonia queda pensativa; va hacia el cromo de la Virgen del Rosario, y con acento implorante dice:

ANTONIA

¡Maere mía, no me abandones; por la devoción que ende pequeña t'he conservao en mi pecho! ¡Ayúdame, que me veo en un trance amargo, el más de toa mi vida! ¡Líbrame de las manos de Pedro! ¡Que puea yo esatarme sin mieo d'esas cadenas! ¡No me desoigas, Virgen mía, manque no sea por mí, por este hijo que llevo en las entrañas; haz que a su paere, mi Vicente, no le pase ná malo; yo, que lo quieo tanto, no podría sufrillo; perdóname, maere mía, si he cometío este crimen; no será ya más, ¡antes moril!

Queda como abatida; se sienta en una silla y oculta el rostro entre las manos; reaparece Pedro con una gran palidez en el semblante.

PEDRO

En voz baja.

¡Antonia! ¡Nena! ¡Antonia!

ANTONIA

Levantando la cabeza. A verle.

¿Qué? ¿No haces farta en la era?

PEDRO

Si agora no se míe, será más tarde. Güelvo porque yo he pensao lo que he pensao, y pa hacello necesito sabel qué piensas tú.

ANTONIA

Ná me hará cambial mi dicho de ha poco.

Pedro va hacia ella, y apoyándose en el respaldo de la silla.

PEDRO

¿Ná? ¿De veras?

ANTONIA

Ni aun sabiendo que tenía de moril.

PEDRO

¿Ni aun sabiendo que tenía de moril yo?

ANTONIA

Entoavía menos...

PEDRO

De mó que al yo decirte: si no has de sel ya mía me mato, ¿qué respondieras?

ANTONIA

Después de una pausa, en voz baja. Resueltamente.

¡Mátate!

PEDRO

Pos suponte que la suposición es la verdad mesma. ¿Qué respondes?

ANTONIA

Como antes, fríamente.

¡Mátate!

PEDRO

Ya está echá mi suerte.

ANTONIA

¡Que Dios te dé buen moril!

PEDRO

Pa lo que a un hombre de mi genio le pué servil la vía sin un querel...

ANTONIA

Querel no l'habío en jamás por mi parte; me tuvistes, por juerza de parte tuya y mieo de parte mía.

PEDRO

Como en una imprecación.

¡Por la Virgen! No es agora ocasión pa echal en cara esas cosas.

ANTONIA

Yo quiero tenel mi concencia tranquila.

PEDRO

¿Qué importa la concencia cuando hay un querel por medio?

ANTONIA

Levantándose.

Pa un hombre cual tú, que no la tié...

Pedro, instantáneamente, como movido por un resorte, la da una tremenda bofetada. Antonia se desploma en la silla. El, con la voz alterada por la emoción.

PEDRO

Ya puedo matarme por ti, si no me quiés; tú pués mardecirme, insurtarme, envenenalme... tó, menos creticalme. ¿Con qué drecho te premites hacello? Las mujeres no séis naide pa juzgal a los hombres.

Aparenta gran inquietud. Antonia llora largo rato en silencio.

FRANCISCA

Desde dentro.

Antonia, Antoñica.

PEDRO

En voz baja.

Sécate esas lágrimas.

En voz alta.

Ya viene, maere; ha salío; voy yo...

Se dirige a la habitación interior, donde penetra. Mientras tanto, Antonia recompone el alterado rostro y se esfuerza por adquirir la calma. Hay una pausa. Antonia va a la habitación interior y penetra también. Después de un momento reaparecen entrambos, llevando a la tía Francisca en un sillón en gravísimo estado.

FRANCISCA

Con voz desfalleciente.

Allí; arrimarme al fuego, hijos míos.

PEDRO

Mas si no hace frío, maere.

FRANCISCA

Sí, sí; estoy helá; llevarme a la lumbre.

Así lo hacen, dejándola entre el hogar y el horno.

PEDRO

Tráete un par de cabeceras, muchacha, que la maere descanse la cabeza.

Antonia va a la habitación interior.

Yo me voy a la era, que entoavía no hemos medío... y hay pa rato. ¡Qué parva, maere! Los granos de trigo paecen pepitas de oro; una bendición; verá usté cuántas fanegas; hasta agora, maere.

Va a salir por la puerta al propio tiempo que reaparece Antonia con las almohadas. Se detiene. Al pasar Antonia junto a él, la coge por un brazo, la obliga a pararse un momento y en voz baja e imperiosa la dice:

Tiés de ser pa mí, quiás que no quiás.

La tía Francisca, extrañada, se vuelve y les ve en esta actitud. Les observa con gran sorpresa.

ANTONIA

Firmemente a Pedro.

¡Enjamás de la vía!

Pedro la amenaza, y al notar que están observados por la madre la deja y sale precipitadamente. Antonia, llegándose a la tía Francisca con las almohadas y acomodándola.

¿Están bien asina?

FRANCISCA

Sí, nenica.

La mira con amor. Antonia esquiva la mirada.

¿Qué te pasa, hija mía?

ANTONIA

Na, maere. ¿Por qué?

FRANCISCA

Tiés los ojos encarnaos, como der llanto.

ANTONIA

Es er fuego del horno, que me irrita la vista.

FRANCISCA

No; esos ojos no los pone asín er fuego. ¿Por qué me ocultas ná?... ¿Qué platicabas con Pedro?

Antonia, sin poder contenerse, rompe en amargo llanto.

¿Ves? ¿Qué tiés?

ANTONIA

¡Qué desgraciá soy, maere! ¿Por qué no querrá el Señol llevarme?

FRANCISCA

Calla. ¿Qué dices, nena? Calla, no te castigue Dios.

ANTONIA

¿Qué más castigo que seguil arrastrando esta vía?

FRANCISCA

Dímelo, nena: ¿De cuál pesar te se hacen agua los ojos? Una nuera no debe tenel secretos pa la vieja maere de su marío.

ANTONIA

No pueo; tié tanto amargol esta cosa, que no me atrevo a platical d'ella; usté mesma no querría perdonarme.

FRANCISCA

Yo quiero perdonallo too. Dios no me acogería bien si llevara argún rencol en mi ánimo.

ANTONIA

Ni tan siquiera sé cómo ecillo: paece que tó er fuego e la sangre me se suba a la cara y me la abrase de vergüenza.

FRANCISCA

Si tiés mieo que mis labios haigan de venderte, que el Señor me deje sin habla ende agora mesmo. Yo sé lo que es estal recomía de un secreto por no encontral una persona leal pa confiárselo, y lo hermoso que es, cuando se ha dao con ella, descargal el pecho.

ANTONIA

Sí, maere; ya no pueo más; el corazón me

revienta de tanta sangre negra que me háce.

Pausa. Duda un rato. Luego, haciendo un gesto de resolución.

Se lo iciré a usté quedo, mu quedo, pa que naide lo sienta, más que er Señol.

Con misterio y sigilo.

¿Usté sabe? Yo l'he hablao a Pedro.

FRANCISCA

¡Jesús, María y José!

ANTONIA

Anonadada.

Yo sabía que pa usté era un golpe demasiao fuerte; por eso no quería ecisello...

Pausa. La tía Francisca parece abatidísima.

FRANCISCA

Sí; un gorpe tremendo; mas ¿cómo es posible, Dios mío, hablal, sel del uno y casal dimpués con l'otro?

ANTONIA

Yo fui al altar pura como la nieve.

FRANCISCA

Horrorizada.

¿Ha sío dimpués de casal?

Antonia, sin valor para responder, hace un gesto afirmativo.

¿Y has permanecío en esta casa pa dar lugal a que Vicente fuea sabeol de tu hecho y hubiea un día e sangre por culpa tuya?

Con compunción.

¡Santo Dios! ¿Qué t'hecho yo, probe e mí, que me envías una tan grande pena en mi úrtima hora? ¡Mándame la muerte, primero que vel cómo s'estrozan mis hijos!

ANTONIA

No les pasará dengún mal, pierda usté cuidao; entre Pedro y yo, ha mucho tiempo, ende primero de su enfermeá, tó ha concluío..., y Vicente, salvo que a usté le rebosara er secreto, no lo sabrá en jamás...

FRANCISCA

¿De veras qu'entre Perico y tú, a la presente...?

ANTONIA

Hay más leguas que ende aquí ar cielo.

FRANCISCA

Es Dios, que os ha hecho dal remate a esa infamia... Paece mentira que Pedro, el hijo de tó mi querel, haiga sío capaz de traicional a su hermano y que tú l'haigas dao escucha.

ANTONIA

Por la Virgen, maere, no diga usté eso; bien sabe Dios que no es verdá; yo no quieo echal la culpa encima e naide..., mas tampoco apaecel como una mujer sin concencia. Yo he sío una víctima, una pobre víctima. Pedro, tan solamente por la juerza me hizo d'él...

FRANCISCA

¿Qué dices, muchacha? ¡Pedro! ¡Cuán infame! El único pesar que me ha dao en toa su vía y es el más grande que conozco.

Para sí.

Siempre me lo dijo su paere, que en gloria esté: «Esconfía d'ese zagal, hombre trempano...» Mas dime cual te aconteció, que yo puea estar tranquila de tu inocencia, pa poel perdonarte.

ANTONIA

No quisiea tenel memoria de entonces... Me se sube un ñudo ar cuello...

FRANCISCA

No temas por mí; qué tengo de hacel, si no es perdonarte pa ponerme bien con Dios? Dí toa la verdá.

ANTONIA

Toa la verdá es que un día d'este invierno que Vicente estaba con el ganao y usté estaba en cá el amo, Pedro, de güelta del molino, me encontró sola en la casa, y de seguía prencipió a ecirme lo acostumbrao: que me quería con tó su querel; más que a la luz de sus ojos...; lo de tós los días.

FRANCISCA

¿Asín es que venía de largo?

ANTONIA

Ende er poco e casá; aquel día, en cuanto prencipió a cortejalme, quise espacharlo, afeándole su hecho; mas cual si no me oyera, insistía cá vez más; yo estaba cuasi loca e rabia, y, como él lo comprendiera, dejó e martirizalme durante un rato y púsose a trebajal; aluego, nesecitando no sé qué, me mandó a la cambra a por ello..., y entoavía no hube, como quien dice, empezao a buscallo, cuando le sentí respiral al detrás mío... me quedé helá...

FRANCISCA

¿No te dió tiempo a escalpal tan siquiera?

ANTONIA

Tenía la llave de la puerta en la mano: estábamos encerraos .. quise pedille por tós los santos der cielo que me dejara salil... mas la horror ahogaba las palabras en mi garganta... me dió un mieo espantoso: aquel hombre era talmente un fiera... y como una fiera, me echó la zarpa, me estrujó, me cayó esvanecía y hizo de mí lo que quiso...

FRANCISCA

Se necesita sel mal hombre pá cometer una ación tan baja: ¡Qu'esengaño de hijo! Querello más que a los otros por mejor pensao... y agora, a úrtima hora, resultarme envilecío... Haces bien, hija mía: por los clavos de Cristo, no güervas a dalle escucha.

ANTONIA

Primero tenía de matarme... y ni aun asina; endenantes de su enfermeá, y van ya cumplios tres meses, Pedro no ha lograo tocarme al pelo e la ropa...

Con misterio.

¿Sabe usté por qué? Pos porque agora me siento capaz d'ejarme trillal antes que hacelle la más pequeña traición al paere de mi hijo...

FRANCISCA

¿Tiés?... ¿Tú estás segura, muchacha?... ¿De Vicente?

ANTONIA

¿No he de estallo? De Vicente, de mi Vicente... Agora póngase usté a pensal si con un su hijo en mis entrañas voy a premitil que naide me diga... «güenos ojos tiés».

FRANCISCA

¡Dios le bendiga, que le ha hecho venil pa que se arremate la infamia en esta casa!

ANTONIA

Asín lo ha dispuesto el Señor; asín lo he comprendío yo, y asín, ha un rato, l'echo sabeor a Pedro, sin decille, ná de mi hijo, que tó ha concluío entre él y mi por siempre jamás.

FRANCISCA

Y Pedro ¿qué ha respuesto?

ANTONIA

Que yo era su vía y que si no fuese más d'él, se mataba.

FRANCISCA

¡Ave María Purísima! Y tú... ¿qué?

ANTONIA

Yo l'he respuesto: Mátate.

Se produce un silencio; la tía Francisca llora, aparenta meditar dolorosamente; hace un gesto de resolución y dice:

FRANCISCA

Has hecho bien: el Señor os perdone a los dos.

ANTONIA

Y agora ¿me perdona usté?

FRANCISCA

Sí, hija mía, tú eres buena... mas... mi Pedro será capaz de matarse... ¿Tú has notao si estaba ecidío?... Sí, de fijo; por eso llorabas tú...

ANTONIA

No; mi lloro fué por otra causa: al arrematal con Pedro l'he echao en cara sus aciones... y me ha pegao brutalmente... porque según él, una mujel pué hacello tó, menos premitirse de juzgal a un hombre...

Durante todo este período Francisca cae en una gran postración.

FRANCISCA

Con voz débil.

No te apures, nena; tó se arreglará, Dios mediante... Yo t'he perdonao, el Señor te perdona de seguro: pué que Vicente, llegá la ocasión... también...

Se detiene como si no pudiera continuar; llévase las manos al pecho.

ANTONIA

¿Qué es, maere? ¿Se ve peol?

FRANCISCA

Sí: siento qu'esfallezgo, nenica... Con tal que el Señol llegue a tiempo...

Se abre la puerta del fondo y aparece Vicente: deja el sombrero y el cayado en una silla y al notar el apuro de Antonia, corre solícitamente a ellas.

VICENTE

Maere ¿cómo está? ¿Se siente peol que a la siesta?

FRANCISCA

Agora... una miaja mejol... porque tú has venío... me daba er corazón que aún tendríamos que platicar algo. ¿Cómo se t'ha antojao venil, abandonando er rebaño?

VICENTE

Se queó er zagal ar cuidao... Según, ésta le

dijo que usté seguía malamente, y quise acercalme... a vel.

FRANCISCA

A Antonia.

¿Pa qué habel de metello en apuro?

VICENTE

Y también porque me dió er corazón un mal pensar; he visto un cuervo que pasó volando por cima mesmo de mi cabeza a ras der ganao... y he sentío er pecho lleno de angustia, como si me fuea a acontecel arguna cosa mala. No lo pueo remedial; ese pájaro mardito me trae siempre esgracia.

Se produce un silencio emocionante. Antonia aparenta gran desconsuelo.

FRANCISCA

¿Y si en lugar de una esgracia te trujera agora una felicidá?

VICENTE

Supersticioso.

Las tornas de Agosto nunca han sío buenas pa mí.

FRANCISCA

Hogaño lo son.

Pausa larga.

¿Tendrías tú por una dicha el que ésta pudiea sel, Dios mediante, maere de un tu hijo?

VICENTE

Si Dios me lo da, Dios lo bendiga; yo me he casao pa algo... me paece...

FRANCISCA

Después de una pausa, tristemente.

No tengo más pesal que morirme tan vieja, sin antes conocel mi nieto.

VICENTE

¿Pero, es de veras, maere?

A Antonia.

¿Qué haces tan callá? Yo quieo sabel de una vez...

ANTONIA

Lo que dice la maere es tan verdá como l'evangelio.

VICENTE

Con entusiasmo.

¡Bendita su boca, maere!

La besa.

Haga el Señol que viva usté muchos años pa llenalla el regazo e nietos!

A Antonia.

Y tú ¿pa qué llevas tan en secreto las güenas noticias?

ANTONIA

Son, pa tantos, augurios de pesares...

VICENTE

Gente escastá; pa mí es anuncio e dicha veniera...

FRANCISCA

Con voz débil.

Y una razón de más pa que en adelante quieas muncho a tu mujel...

VICENTE

Si tanto la he querío hasta agora, ¿qué no será ende agora, dándome un hijo?

Abraza a Antonia, la cual se desliza hasta quedar sentada en el suelo cerca de la madre; Vicente se arrodilla a su lado y comienza a acariciarla; la madre les contempla con amor.

FRANCISCA

Asín, hijos míos; hacéis bien de querelse...

VICENTE

Yo, seguro; mas ésta no s'esvive por mí.

ANTONIA

¿Quién pué ecillo? Porque no soy toa de mieles, que a ti te s'antoja; ya sabes que es mi natural...

VICENTE

Sí; pero al prencipio eras de una otra suerte; me das tanto qué cavilar; pa mí que has cambiao...

FRANCISCA

¿Qué tié de habel cambiao? Tú, que eres un zagal de vintidós años, una creatura, como quien dice, y piensas que nunca se han de arrematal los mimos. A ca tiempo lo suyo; no se casásteis ayer.

VICENTE

Cierto... mas no sé, maere; a mí er corazón en jamás me engaña, y er corazón, tiempo ha, no lo tengo tranquilo...

A Antonia.

Me se figura que una nube empaña er brillo de tus ojos... y querría sabel...

FRANCISCA

Te digo que es una preocupación sin causa denguna.

VICENTE

A Antonia.

Sí; me tiés preocupao; acaso t'haiga yo hecho argo que puea enojarte; di, muchacha.

ANTONIA

Te juro que ná, absolutamente en ná m'enojastes...

VICENTE

Porque sería pa mí un tan grande cargo de concencia que me tuvieas argún rencol, que no me perdonaras, habiéndote yo fartao...

ANTONIA

No está en mis sentimientos guardal rencor a naide, cuanti menos a ti; y que aun si me hubieas dao motivo de enojo, mi obligación era sufril y esperal tu enmienda, sin tener por qué perdonalte... yo soy mujel y no tengo drecho a ideal un juicio de ti.

VICENTE

No fartaba más: tú tiés derecho de mí a tó...

menos a ejal de querelme, en tan y mientras que yo te quiea y no te dé motivos de aborrecimiento.

FRANCISCA

Que Dios t'ilumine siempre como agora, hijo mío; asín debéis llevarse toa la vía; hoy por ti, mañana por mí, pedornárselos tós los amargores que se os deis el uno al otro.

VICENTE

Claro está, muchacha... ¿Es que si tú me hubieas dao de qué enojalme no iba yo a perdonártelo? Si no fuea asina, tendríamos de renuncial al querel nuestro.

ANTONIA

¿Y tú no querrías renunciallo?

VICENTE

Nunca, por ná der mundo; antes que un renuncio de toa mi dicha sería capaz de perdonal tós los malos tragos que me hubiéais hecho apural... tós.

FRANCISCA

Dios te lo premie, hijo de mis entrañas; paece que un ángel habla por boca tuya; esta es la úrtima satisfación de mi vida: vel que se queréis asín.

VICENTE

Esta sabe cómo yo la quieo; con un querel tan grande, tan grande, que me hace sufril ná mas la idea de un su escontento cualisquiera... Cuando estoy en la casa y no la siento de contino esgranar las risas, me coge una pesaumbre del infierno...

ANTONIA

¡Qué güeno eres, Vicente! Si toa mi esistencia hubiea de sel un contino agraecimiento a tu buen sentil, aún no te fuea bastante reconocía.

La tía Francisca va durmiéndose. Reclina la cabeza en el respaldo.

VICENTE

¿Por qué ices eso? Yo te doy lo que mereces. ¿Acaso no eres tú dina de tó mi cariño? ¿Cuándo has dejao tú de sel güena pa mí?

ANTONIA

Apretándose a él.

¡Vicente! ¡Vicente mio! ¡Qué bondá la tuya!

VICENTE

A ti ná más la debo, nenica de mi alma. Si

yo no me hubiea casao contigo ¿qué sería de mí, con una cabeza tan atolondrá como he tenío hasta agora? Ende qu'eres mi mujel, me veo del tó distinto: cá vez que te miro a la cara, me pregunto cómo pué sel que haiga creatura humana más perfeta...

ANTONIA

Vicente, ¿por qué sigues con esas palabras? ¿No ves que son fantesías tuyas ná más? Tó lo hace el buen miral de tus ojos...

VICENTE

Y si, cuando mis ojos te miran, sólo ven la sereniá de tu alma, ¿qué voy a hacel yo, sino quear encantao y precural ser ca vez mejol pa hacerme dino de ti?...

ANTONIA

Por Dios, Vicente, no me aconsientas en tanta dicha; mira que si aluego no hubiá e dural...

VICENTE

¿Por qué no? Durará, Dios mediante: tó son agora motivos pa suponel que dure; un hijo que el Señor nos manda pa cormo e ventura.

ANTONIA

Nuestro hijo, sí; esa es mi esperanza.

VICENTE

Y la mía; si tú pudieas feguralte l'ansia con que yo esperaba un día y otro que tú me ijeras: «¡Vicente, me has hecho maere!» ¡Me se antoja que debe de sel una dicha mu grande llegal a paere tan joven...

ANTONIA

Sabe Dios si entoavía es trempano pa nosotros.

VICENTE

Cuanti antes, mejol; asín cuando prencipiemos a vejeal... ellos serán ya crecíos.

ANTONIA

Me hace mal oirte; paece que t'empeñas en hacerme partecipal tanta fantesía... y cuanti más risueño quiés pintallo, tó... como si yo susufriea un maleficio, tó lo veo más negro; calla por favol; aún no es tiempo de ilusionarse asina...

VICENTF

¿Por qué no entoavía? Pa mí es un camino andao y güerto. Si supieas to lo que he fantesiao al presente...

ANTONIA

Me lo feguro; será tanto...

VICENTE

No te lo pues fegural; en estas noches de verano, mientras que aballo er ganao por los rastrojos me doy a una contina soñación. Argunas veces, cuando las ovejas, ar cuidiao del zagal, ramonean por las cañás, yo me subo a lo arto de un cabezo y comienzo a pensal en ti; me se ocurre que, en tu sueño, soñarás conmigo... y, cuando una estrella errante vié en direción de la casa, la confío to mi querel, porque pienso que va a alumbrarte un momento al pasar cerca de ti; una noche tiés que venil a aballar er ganao conmigo...

La tía Francisca comienza a hablar delirando.

FRANCISCA

Júramelo, Pedro.

VICENTE

Levantándose asustado.

¿Qué la da a la maere? ¿Sueña?

ANTONIA

Levantándose asustada.

¡Virgen del Carmen! Comienza a delirial otra vez.

Llamándola.

¡Maere!

VICENNE

¿No se la tié que dal denguna meecina?

ANTONIA

Sí, sí... mas no está ¡Dios santo! Pedro la tiró...

VICENTE

¿Y por qué la tiró, muchacha?

ANTONIA

Porque era de la tía Juana, la saludaora.

VICENTE

¡Estamos perdios!

FRANCISCA

Delirando.

Prométeme... que no te... matarás.

ANTONIA

¿Qué está iciendo?

Se apoderan de ella un terror y una angustia suprema.

FRANCISCA

Delirando.

Tenéis que vivil en paz los dos hermanos. Vicente... no lo... sabrá... en jamás.

Antonia, en el paroxismo del dolor, se abalanza a la vieja, y, tapándola la boca con la mano, grita:

ANTONIA

¡Maere! ¡Despierte!...

Vicente queda un momento como atontado, sin acción; luego parece fulminado por una sospecha: se lanza sobre Antonia, la arranca de junto a la vieja y la arroja lejos violentamente. Antonia cae cerca del altarcillo; él, cogiendo la cabeza de la vieja entre sus manos, la grita:

VICENTE

No, maere, no despierte; delirie más, más entavia.

Hay una pausa de mortal silencio. Se oye la angustiosa respiración de Vicente y el sordo gemir de Antonia.

ANTONIA

De rodillas.

¡Por Dios, Vicente! ¡Por la Virgen santa!

FRANCISCA

Delirando.

Pedro, déjala: Antonia no pue sel más tuya...

Se produce un trágico silencio. Antonia yace por tierra desolada en llanto. Vicente se yergue, tambaleándose por la emoción.

VICENTE

Casi sin poder hablar.

¡Basta!

FRANCISCA

Delirando.

Van a tenel un hijo...

VICENTE

Tapándola la boca brutalmente.

¡Basta, maere!

La tía Francisca masculla palabras que no se entienden por impedirlo la mano opresora. El, volviéndose a Antonia, y balbuceando de cólera, la dice;

¡Tú, mi mujel, y Pedro, mi hermano!...

ANTONIA

Levantándose sobre las rodillas.

¡Perdón! Ha sío a la juerza.

VICENTE

Como antes.

¡Mentira! A la juerza, antes se deja una matal si no pué matal primero.

ANTONIA

Perdóname; yo no he podío; te juro que a la juerza...

VICENTE

¿Y pa esto te he querío yo tanto?

ANTONIA

¡Y yo a ti, Vicente mío! ¡Por Dios, perdóname! Tú has dicho que me lo perdonarías to...

VICENTE

Sí, tó.

Con desesperación.

Pero ¡esto!... ¿Cómo iba yo a feguralme que tú fueas capaz d'ello?... ¡Y pa esto mientras yo aballo er ganao y te envío to mi querel con una estrella, porque creo que en tu sueño estás soñando conmigo... me deshonras con mi hermano!

ANTONIA

En un grito de desesperación.

¡No! ¡Agora no! ¡Ya no!

VICENTE

Rugiendo.

¡Sí; ya no será!

Se estriega los ojos, mira en su derredor y al ver la faca sobre la artesa se precipita a cogerla. Antonia lo ve, lanza un grito de espanto y huye a la habitación interior. Vicente penetra con el arma en la mano en su seguimiento.

FRANCISCA

Delirando, después de una pausa.

No temas, nena. Vicente te perdonará....

ANTONIA

Desde dentro.

¡Más alante! ¡Déjame vivil hasta que nazca nuestro hijo! ¡Dimpués me matarás! Perdón por tu hijo, que es tuyo... te lo juro... es tuyo...

VICENTE

Desde dentro.

¡No quieo hijos de una perdía!

Se oye un grito desgarrador; luego silencio. Nótase la respiración angustiosa y violenta de Vicente. Hay una pausa. Aparece Pedro por la puerta con gran premura.

PEDRO

¡El Viático! ¡Ya está aquí! No hay naide. ¿Maere sola?

Reaparece Vicente descompuesto, con el arma sangrante en la mano.

VICENTE

Con ferocidad.

Llega tarde. ¡Muerta!

PEDRO

Adivinando.

¿Quién? ¿Ella?

VICENTE

¡Ella! ¡Mi mujel! ¡Tu quería!

PEDRO

Horrorizado.

¿Qué has hecho?

VICENTE

Descorriendo la cortina.

¡Míralo!

PEDRO

Retrocediendo espantado.

¡Asesino!

VICENTE

Rugiendo.

¡Y agora a ti!

Da un salto de tigre para lanzarse sobre Pedro. Este retrocede, saca rápidamente una pistola y apuntando a su hermano dice:

PEDRO

Atrás; si te meneas t'abraso.

VICENTE

Deteniéndose con ira.

Tira eso, cobarde; toma, defiéndete, si quiés.

Saca el cuchillo de monte de su faja, le desenvaina con los dientes, conservando la faca sangrienta en la otra mano y se le arroja al suelo; Pedro le recoge; se dirige a la puerta para abrirla y salir al campo; la abre; se oye la campana que anuncia la llegada del Viático.

PEDRO

Retrocediendo asustado.

¡Er Señol!

VICENTE

Retrocediendo asustado.

¡¡Er Señol!!

Quedan inmóviles. Aparece a la puerta un sacerdote con roquete y estola llevando el Viático. Un monago, con un farol y una campana, a su lado. Detrás, campesinos y campesinas, con velas encendidas. Pedro y Vicente esconden con gran pavor las manos armadas.

SACERDOTE

Desde la puerta.

Paz de Dios a la casa.

Da un paso dentro de la vivienda. Vicente, tambaleándose, acércase al altarcillo, toma las dos velas y alarga una de de ellas a Pedro. Ambos hermanos se acercan a la madre y se arrodillan cada uno a un lado de la moribunda, temblando. El sacerdote comienza a avanzar. Silencio profundo.

FRANCISCA

Delirando.

¡Antonia! Acércate; ven acá, hija mía.

Rápida pausa de consternación. Vicente deja caer el arma y la vela, esconde la cabeza entre las rodillas de la madre y rompe a llorar amargamente. Con un grito de suprema angustia dice:

VICENTE

¡¡Maere!! ¡¡Maere!!

TELÓN

Monte Tre Croci-Varese (Italia), Julio 1907.

OBRAS DEL AUTOR

Moisés contemporáneo (Teatro)
Del dolor al olvido (Teatro).
El narrador de parábolas (Teatro).
Palabras de loco (Teatro).
La sangre del leopardo (Teatro).
En campo de Gules (Novela).
Coram pópulo (Conferencias).
Impresiones de un viaje a New York (Crónicas).

ACABÓ DE IMPRIMIRSE ESTA OBRA
EN MADRID EL DÍA 15 DE MAYO
DE 1918 EN LA IMPRENTA
DE VICENTE RICO

PRECIO: UNA PESETA